

Jon Patxi Arratibelen Tortura Testigantza:

Este es el testimonio de mi detención y paso por comisaría. He creído oportuno relatarlo todo desde el principio hasta el final para que la gente sepa lo que verdaderamente hacen. Creo que en estos tiempos en los que se llevan a la gente por la cara, todo el mundo debe saber qué es lo que buscan para incriminarte y cuál es su modo de actuar.

Alrededor de las 3:00 de la mañana del día 18 de enero, oí como aporreaban la puerta de mi casa. Estaba en la cama con mi compañera. Me levanté sobresaltado y le avisé de que venían a por mí. Por la ventana de mi habitación había visto varios vehículos en la puerta de mi casa. Era la guardia civil.

Me vestí corriendo y abrí la puerta. Enseguida se abalanzaron sobre mí dos agentes de los GAR uniformados y fuertemente armados. Yo les dije que estuvieran tranquilos ya que estaban muy excitados. Entre gritos, me hicieron levantar las manos y me sacaron al portal, mientras, más agentes de paisano y más agentes uniformados entraron en casa. Miraron toda la casa, metieron a nuestra perra en un baño y mantuvieron a mi compañera retenida en nuestra habitación. De aquí en adelante ya no volvería a estar con ella.

Un guardia civil de paisano encapuchado me leyó mis derechos. Una persona se presentó como agente judicial y me dijo que se iba a efectuar el registro de toda la casa y que yo estaría presente en todo él. Comenzaron el registro.

Lo hizo una chica encapuchada, sacando fotos a las habitaciones. A cada habitación le designaba un número antes de fotografiarla. A continuación, fuimos de habitación en habitación. Miraron todos y cada uno de los CDs que tenía y los que eran grabados los cogían. Miraron todos los libros que había en casa, revistas..., lo miraban hoja por hoja. Se llevaron libros del Movimiento Pro Amnistía, Gazte Asamblada, Etxerat..., miraron las figuras decorativas de casa, así como los cuadros, movían los muebles, sacaban los cajones etc. Todo lo que oliera a tema político o fuera de algún movimiento popular se lo llevaron. Además de esto, se llevaron todos los discos duros, fuesen del ordenador o fuesen externos, los "pendrives", tarjetas de memoria de los teléfonos, los teléfonos móviles etc. Entre ellos, las memorias de USB de mi compañera y su teléfono móvil por el simple hecho de estar en mi casa. De nada sirvió que les dijera que no eran míos.

La misma chica citada anteriormente fue la que también cogió los dos cepillos de dientes del baño de nuestra habitación, preguntándome por cual era el mío.

La metodología del registro era siempre la misma: decían la habitación, me llevaban a ella detrás del agente judicial y comenzaban el registro. El agente judicial se aseguraba de que yo presenciara el registro. Terminaron con el piso, subimos al desván y después bajamos a la plaza de garaje donde registraron mi furgoneta. Antes de bajar al garaje les pedí que me dejaran despedirme de mi compañera pero me dijeron que no podía, que estaba incomunicado.

Una vez terminado el registro, acercaron un "patrol" de los GAR al garaje y me metieron dentro. Igual que cuando entramos al garaje, escuché gritos de ánimo de mi compañera, familia, vecinos, amigos..., por unos segundos pude ver a algunas de estas personas ¡me saltaban las lágrimas!

De Etxarri me llevaron a la Herriko, donde trabajo. Dentro se encontraba un trabajador limpiando la taberna y les pedí que le dejaran marchar. Accedieron y se fue. El bar lo registraron como el piso, zona por zona, estando yo presente y con la supervisión del agente judicial. Empezaron por la barra y se llevaron todo el dinero de la caja, del bote de Etxerat, de la venta de maquetas de grupos de música..., lo contaban separando monedas y billetes.

Aquí igual que en casa, todo lo que olía a movimiento popular, sean revistas, ropa, lo que sea, lo cogían. Se llevaron también los discos duros: uno de música, otro del comedor y otro externo también con música. No puedo asegurar si se llevaron el disco duro del ordenador de la caja registradora. Después siguieron por la cocina. Su registro fue rápido. Cogieron un "pendrive" de música de la radio de la cocina.

De ahí al almacén donde miraron entre la comida y la bebida, llegando incluso a abrir cajas de vino. Había algo de ropa para vender y se la llevaron. Luego le toco el turno a la oficina. Miraron todos los paquetes de arriba a abajo, cajones, recovecos..., cogieron mi agenda del 2010. Luego sacaron el ordenador de mesa de la oficina y lo rompieron para sacarle el disco duro. Se llevaron un "pendrive" con música, un notebook de la tómbola sin usar y no sé qué más. Había dinero en la caja fuerte y encima de la mesa. También algunos cambios en algún cajón. Lo contaron de la misma manera que el dinero de la barra y se lo llevaron.

Después pasaron al baño y taquillas de los trabajadores. Les pregunté si podían registrar las taquillas y el agente judicial me dijo que sin orden no. Entonces yo les dije que no las miraran pero como estaban abiertas las registraron igual-igual.

Una vez terminado el registro el agente judicial se marchó y acercaron un patrol a la puerta del bar. Me pusieron una sudadera mía en la cabeza y me sacaron de allí. En dos segundos pude ver a un hermano mío y a algún conocido del pueblo, a algún amigo también. Pude escuchar los gritos de ánimo de mi compañera y la gente que estaba allí. *Atxilotuak askatu!* Todavía se me inundan los ojos de lágrimas de la emoción, igual que en aquel momento. *Mila esker denoi!*

Me llevaron a la Audiencia de Iruñea entrando con el patrol en su interior. Me bajaron del vehículo y me llevaron a una habitación donde me tomaron las huellas de las manos, dedos... huellas de todo! Me hicieron fotos y me extrajeron saliva para la prueba del ADN. No me negué pues de casa ya se habían llevado mi cepillo de dientes. Después me llevaron donde el médico forense de la audiencia, un catalán. En el trayecto me encontré con unas 6 personas que lejos de intimidarles la situación, me animaron, cosa que agradecí y agradezco con todo mi corazón. *Aupa por vosotr@s!* El médico de la audiencia me inspeccionó y me preguntó por el trato recibido. Le dije que hasta entonces había sido correcto. Después de estar con el médico, volvimos a los garajes de la audiencia.

Los GAR me dejaron en manos de agentes de paisano, los cuales de entrada me dijeron que mirara al suelo. Enseguida me pusieron un antifaz por el cual no veía nada. Me quitaron las esposas metálicas y me pusieron otras de cuerda, que me las apretaron tanto de forma que me cortaron la circulación de la sangre de mis manos. Me metieron en un coche normal en el asiento de atrás, con las manos en la espalda, esto es, con todo el peso de mi cuerpo encima de los brazos y manos. Luego se sentaron dos individuos a cada lado y casi no podía moverme ni un centímetro. Al principio, quitando el dolor que me producían las cuerdas, la postura era llevadera pero después de dos horas de camino, empezó a ser inaguantable. En el camino de

Iruñea a Madrid me interrogaron. No hubo golpes pero sí amenazas: *“ya verás cuando llegemos a Madrid, te vas a enterar, nos lo vas a contar todo, hijoputa”*.

Viajamos en el coche dos delante y tres detrás. Hicieron una única parada para repostar. Se bajaron los cuatro y me dejaron solo en el coche. Yo aproveché para estirarme un poco y cambiar de postura. Pero no duro mucho. Volvieron a entrar y proseguimos la marcha. Entrando en Madrid y viendo que yo ya no podía aguantar, no paraba quieto por el dolor que tenía en las manos, brazos, espalda, cuello..., me cortaron las esposas de cuerda y me pusieron otras de hierro pero esta vez por delante, pasando una mano por debajo de la rodilla. Fue un gran alivio. Había viajado desde Iruñea casi sin poder moverme en una postura muy jodida y los estaba pasando francamente mal.

Noté como entrábamos en un lugar oficial porque pararon el coche y después de varios segundos, continuaron despacio hasta detener el coche. Me bajaron del coche y entramos en un edificio. Siempre con el antifaz puesto, sin poder ver nada y con la cabeza bajada mirando al suelo. Me llevaron por unos pasillos, unas escaleras para abajo, más pasillos..., un individuo me sujetaba por detrás y me iba dirigiendo hasta que me frenó en el umbral de una puerta estrecha. Era la puerta de una celda. Me quitó el antifaz y me dijo que no mirara hacia atrás hasta que se cerrara la puerta. Mientras cerraba la puerta a duras penas pude ver una celda de unos 2 metros de ancho por unos 4 metros de largo, aproximadamente. A su izquierda, contra la pared y en la esquina había un cubo de hormigón con un colchón sin sábanas encima. Ya había llegado. Estaba en las mazmorras de la guardia civil.

Me tiré en el colchón. Estaba a oscuras prácticamente. Solo un hilo de luz artificial que entraba por una pequeña ventana rompía la total oscuridad. Pronto me di cuenta de que no estaba solo. Alguien aporreo la puerta de una celda desde dentro igual que se hace para llamar una puerta, *¿Qué quiere?* Habló una voz y otra tímidamente contestó algo que no pude oír. Era otro detenido que quería ir al baño. Más tarde otro detenido repitió lo mismo que el anterior. Al final calculé que estábamos unas 7 personas pero no tenía ni idea realmente, porque a veces pensaba que éramos 5. *¿Cuántas seríamos realmente?*

Después de esperar una eternidad, atento a todos y cada uno de los ruidos que escuchaba en el exterior, alguien vino a una celda y se llevaron a una persona de su interior. Luego a otra y a otra. Pero volvían. De repente, abrieron una ventana pequeña que había en la puerta de mi celda y me dijeron que me pusiera de pie y de espaldas a ella. Luego abrieron la puerta y me pidieron que caminara hacia atrás hasta el umbral de la puerta. Una vez allí, me dieron un antifaz para que me lo pusiera. Me agarraron por detrás y me guiaron por los pasillos, izquierda, derecha, recto, escaleras, descansillo, escaleras y al llegar al último descansillo de las escaleras, me quitaron el antifaz. Otro hombre distinto, este a cara descubierta, me condujo a una habitación donde había un hombre, una mesa y unos papeles sobre ellas. Era el médico forense.

Éste me preguntó si estaba bien y si me habían tratado bien. Al entrar en la habitación cerraron la puerta detrás de mí y los guardias civiles se quedaron justo al otro lado. Esto no me dio ninguna confianza y temía que pudieran escuchar lo que hablaba con el forense. Así que decidí no contarle el viaje que me habían dado. Me tomó la tensión, me dijo que estaba bien y me explicó que pasaría todas las mañanas y todas las tardes a verme. Llamó en la puerta desde

dentro y el mismo hombre que me había llevado en el último tramo a cara descubierta me cogió por el hombro y deshicimos el camino andando hasta llegar a las escaleras. Y en el mismo descansillo que me quitaron el antifaz anteriormente, me lo volvieron a poner y otra vez fui dirigido por otro hombre hasta mi celda.

Al poco tiempo de estar en la celda volvieron a abrir el portón pequeño de la puerta y me dijeron que me pusiera en pie. Siguiendo el protocolo antes comentado, *“hacia atrás, sin mirar y ponte el antifaz”*, me volvió a coger un hombre por detrás y me guió otra vez a través de los pasillos. Esta vez, antes de llegar a las escaleras noté como otro hombre me sujetaba y me saludaba. Era el hombre que viajó a mi derecha de Iruñea a Madrid, el mismo que me interrogó y amenazó en el coche. Me llevó hasta una habitación y me dejó en una esquina de la misma. No estábamos los dos solos, noté como había más gente. Y es aquí donde empecé todo:

El mismo que me había interrogado en el coche repitió el interrogatorio pero se le sumaron otras dos personas, y una cuarta persona también preguntaba. Ésta parecía el jefe de las anteriores. Una pregunta detrás de otra sin parar. Desde ETA, Ekin, Askatasuna hasta mi militancia en la Izquierda Abertzale desde sus orígenes y todo mezclado con preguntas sobre mi familia, compañera, amigos y salpicado de muchos insultos y amenazas. Llegó un momento que se cansaron de que yo no colaborase con ellos y me dijeron que ya valía. Que iba a ver. Me cogieron las manos y me pusieron un brazalete de gomaespuma en cada muñeca. Me sentaron en una silla con apoyabrazos y amarraron mis muñecas a los mismos. Me cogieron de los tobillos y repitiendo lo mismo que con las muñecas, me los ataron a las patas delanteras de la silla. *“Ahora verás”*. Noté como un hombre se colocaba detrás de mí y oí una bolsa. Los otros dos hombres se pusieron delante de mí y uno de ellos comenzó a pegarme en los testículos. Yo cerraba las piernas pero él me las abría y me pegaba, no muy fuerte, parecía que no quería dejarme ninguna marca. El hombre que se había colocado detrás me cubrió la cabeza con una bolsa enrollando el sobrante y sujetándola fuerte contra mi nuca. Pronto empecé a quedarme sin aire y pronto comenzaron el pánico, la angustia y el ahogo. El plástico se me pegaba en los orificios de la nariz y en la boca. Yo me revolía pero me sujetaban, me gritaban, me preguntaban, insultaban y el plástico entraba en mi boca pegándose en el paladar. Al principio paraban en este momento.

Me dijeron que si quería hablar y siempre que fuera para contarles cosas razonables, tenía que mover la mano izquierda arriba y abajo y así, ellos me quitarían la bolsa. Yo empecé a mover la mano cada vez que quería que parasen y cuando vieron que no les contaba nada, me dijeron que ya daba igual que moviese mi mano o que no la moviese, que ya no me valía para nada. Efectivamente, de ahí en adelante aunque yo moviese la mano ya no me quitaban la bolsa y las sesiones eran cada vez más largas. No sé si era la sexta o la séptima vez y yo ya no podía más. Todavía no sé ni cómo, me deshice de las ataduras de mi mano derecha, pie derecho y luego me arranqué la bolsa de mi cabeza, cogiendo oxígeno como un energúmeno. Esto no les gusto nada, *“hijo puta vas a ver”*.

Me soltaron la atadura de mi tobillo izquierdo y me juntaron los pies. Me los ataron con cinta a la altura de los tobillos. Cogieron mis manos y me las juntaron. Me ataron con cinta adhesiva las muñecas. Trajeron una manta y me rodearon con ella dejando sin tapar la cabeza. Cogieron

cinta (americana?) adhesiva y me dieron vueltas y más vueltas por encima de la manta, quedando yo totalmente embalado como si fuera un paquete. Esto se llama "la momia". Me tiraron boca arriba en un colchón que habían preparado. Uno de los hombres se colocó encima de mis piernas. Otro me sujetaba el cuerpo y el tercero me puso la bolsa y me sujetaba la cabeza entre sus piernas, se ponía de rodillas para ello. Otra vez la angustia, el ahogo..., casi no podía moverme; me agarraban los pies, me apretaban en la tripa y lo único que a veces conseguía era mover la cabeza y contadas veces robaba un suspiro de oxígeno que me ayudaba a aguantar. Pero cada vez era peor y yo cada vez estaba más hecho polvo. Cuando les daba la gana me dejaban respirar un segundo y seguían, y seguían. De repente, en la séptima u octava vez empecé a ver todo en blanco, la oscuridad del antifaz había desaparecido y me vacié al instante. Me había orinado encima casi sin darme cuenta. Entonces pararon. "Se ha meado, se ha meado, eres un puto cerdo" y se reían de mí. "Escucha", me dijeron, y fue entonces cuando oí a otro detenido gritando en la habitación de al lado. Esto también fue muy duro, oía los gritos de los guardias civiles pero también los de una persona que gritaba de dolor y sufrimiento, igual-igual que yo. Era inaguantable, muy duro. Me dejaron descansar unos minutos, incluso por un momento pensé que me dejarían en paz pero no fue así. Volvieron a la carga igual que antes.

Las sesiones eran muy largas, y yo me resistía como podía. Rompía todas las bolsas posibles pero siempre tenían otra para reemplazar la anterior. Me decían que daba igual que las rompiera con los dientes ya que tenían muchas. Llegó un momento que me dije, "ya vale de aguantar, paso". Quería quedarme sin conocimiento y que pasara lo que tuviera que pasar, ya me daba igual. Pero hay algo muy curioso cuando te ponen la bolsa y te estás ahogando; que aunque tú no quieras, tu cuerpo lucha por respirar, por vivir, ¡y tú no puedes evitarlo! Y el sufrimiento se hace cada vez más inaguantable. Así que volví a seguir luchando, revolviéndome, moviendo la cabeza y conseguí soltarme las manos dentro de la manta. Además pude sacar el brazo derecho entero de la manta y arrancarme la bolsa de la cabeza con rabia. Llevaríamos ¿unas 13 sesiones? No lo sé. Volvieron a introducirme el brazo dentro de la manta, la sujetaron mejor por la parte de arriba y prosiguieron.

Después, de unas cuatro o cinco sesiones más, volví a orinarme. Insultos, risas, unos minutos de descanso y siguieron. No sé si en total fueron 20 o 25, fueron muchas, demasiadas, y tampoco sé cuánto tiempo pudimos estar. Horas. Cuando dije lo que ellos querían escuchar, que no la verdad, pararon. Me dijeron que continuaríamos mañana y me llevaron a mi celda. Antes de entrar en ella, me dieron la ropa que para mi sorpresa me dijeron que la cogiera en casa. Ahora entendía el porqué. Tenía los pantalones y calzoncillos completamente empapados de orina y sudor, y la sudadera y camiseta chorreaban. Era como si me hubiera metido en la piscina con la ropa. Igual. Me cambié y caí muerto en el colchón de mi celda. No me dio tiempo ni a pensar en lo que había pasado. Estaba dormido.

El segundo día los ruidos de las mazmorras de la guardia civil me despertaron. Eran los cerrojos de las puertas que sacaban un ruido infernal al cerrarlas. Se llevaban y traían a gente y pensé que era el médico forense. Y así era. Se abrió mi puerta y siguiendo siempre el mismo protocolo antes comentado, me llevaron delante del médico forense. Éste me preguntó qué tal estaba y yo le dije que mal. Le dije que me dolía la cabeza, los ojos, la mandíbula, el cuello y que estaba muy débil y que casi no podía ni andar. Me preguntó si el trato había sido bueno.

Yo le dije que no quería hablar y él así lo recogió en sus apuntes. Me tomó la tensión y me auscultó, y para mi desgracia la tensión estaba bien y no tenía ninguna arritmia. Me dijo que estaba bien y que por la tarde-noche pasaría otra vez a verme. Estaba bien para que siguieran torturándome. Esto me jodió mucho ya que tenía la esperanza de estar muy mal y así, evitar ser torturado como en la noche anterior.

Me dejaron en mi celda. Tumbado en el colchón intentaba pensar en qué podía hacer para salir de esa situación. A veces, escapaba, era cuando me dormía porque estaba hecho polvo. Pero desgraciadamente volvía a despertarme en la pesadilla que estaba atrapado. Pensaba en autolesionarme para escapar de las torturas pero la cosa no estaba nada fácil, ya que una vez tomada esa decisión había que hacerlo bien o si no sería peor todavía. De repente oí algo. Sí. Eran gritos de unas personas. A lo lejos se oía a los guardias civiles gritando y a veces, se oía un grito de auxilio y de sufrimiento. La sensación que se siente en ese momento es difícil de explicar; es una mezcla de pánico, compasión, solidaridad, rabia, salvación..., lo que está claro es que no se puede aguantar. Yo no podía. Me tumbaba de medio lado tapando el oído que me quedaba libre con un dedo y me obligaba a dormir como fuese. Si no, no podía estar, sentía pánico porque el siguiente podía ser yo. Si oías pasos pensabas que venían a por ti y sentías pánico. Se abría una puerta y si no era la tuya sentías alivio pero enseguida te sentías un ser despreciable por haber sido tan egoísta. Esto no era tortura física pero era algo que te taladraba la cabeza creándote una angustia y una ansiedad terribles. Cuando conseguía dormirme escapaba de ello pero la mayoría del tiempo no podía. Tuve sustos de muerte como cuando traían algo de comer y de beber. Por cierto, los dos primeros días me dieron bocadillos y agua, y los dos últimos café, bocata y agua. Pero yo casi no comía y bebía muy poco.

Esperando, de miedo a que vinieran, adormecido, paso toda la tarde del segundo día hasta que me llevaron al médico forense. Otra vez me preguntó cómo estaba. Le dije todo lo que le había dicho por la mañana recalcándole que estaba muy débil y que casi no me podía tener en pie. Me preguntó si me habían tratado mal y yo le dije que no quería hablar de ello. Miró mi tensión y mis pulsaciones. Me auscultó. Y todo bien.

Me hizo desnudarme primero de cintura para arriba y luego para abajo, todo. No tenía ninguna marca, claro, la bolsa no deja ninguna. Volvieron a llevarme a mi celda pero acto seguido abrieron mi puerta y me sacaron de allí. Siempre con el antifaz, sin poder ver nada. A mitad de camino otro hombre me cogió por detrás y enseguida conocí su voz; el del viaje, el de ayer a la noche, el que me había torturado junto con los demás. Sentí pánico, ahora me tocaba a mi otra vez.

Me llevó a una habitación, no sé si la misma de ayer, y me dejó en una esquina. Otro hombre me cogió las manos, les puso gomaespuma a las muñecas y otro las ató con cinta. Hicieron lo mismo con los pies, atándome a la altura de los tobillos. Estaban como mínimo los tres hombres que me torturaron ayer más el que parecía el jefe. Me dijeron que me tenía que cansar, que la noche anterior había dado mucho trabajo y me obligaban a bajar flexionando las rodillas y a volver a subir una y otra vez hasta que yo no podía más. Entonces ellos me ayudaban a bajar y a subir y nunca me dejaban quieto. Preguntas, ejercicio, amenazas, insultos..., todo a la vez. No sé después de cuánto tiempo comenzaron a amenazarme con la bolsa, la manta y más cosas, más que la noche anterior. Esta vez iba a ser peor.

Pero no, uno de los hombres dijo que me iba a desnudar y empezó a soltarme los pantalones. Aunque yo le dije que no hiciera eso, él me bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Empezaron a reírse de las pintas que tenía, hablaban de hacerme fotos etc. y me dijeron que me iban a meter un palo por el ano. Un hombre se puso delante de mí y me dijo que me agachara hacia delante para que me entrara bien. Después de varios segundos noté algo de madera en mi culo, en mi ano, era un objeto de madera cilíndrico y lo movían introduciéndolo por detrás entre mis piernas hasta tocarme los testículos. No puedo especificar si era una porra o un palo de escoba. Me acariciaban el culo con él, los muslos, lo frotaban en el ano pero nunca llegaron a introducirlo. Mientras se divertían con el objeto de madera me amenazaban sin parar, se reían, me advertían que estaba a tiempo de evitar lo peor.

Un individuo cortó un botellín de agua por la mitad, o al menos eso creo que era. Lo rellenó con un poco de agua y se puso delante de mí. Cogió el botellín de agua cortado e introdujo mi pene en él. Yo sentí el agua en la punta de mi pene. Entonces, se pusieron a gritar como locos y me decían que iban a poner los electrodos, que se habían terminado las tonterías. Yo me movía y sacaba mi pene de la botella pero el individuo que me la ponía la apretaba hacia arriba, notando el borde de la botella en mis testículos. Mientras, otro hombre seguía frotándome el culo y el ano con el "palo". Me obligaron a ponerme de cuclillas y me pasó el palo por el ano, testículos, culo, muslos..., el hombre de la botella seguía introduciendo mi pene en ella. Gritaban, insultaban, se reían..., no sé lo que duró aquello pero llegó un momento en el que yo ya no quería aguantar más y reventé a llorar. Por lo visto les di pena y me dejaron en paz.

Ese día me machacaron psicológicamente y el primero físicamente. Me dijeron que me vistiera y me llevaron a mi celda. Caí rendido en el colchón.

El tercer día fue más tranquilo que los anteriores. Pasé por el médico forense y la visita fue igual que las anteriores; le dije que no quería hablar. Después, en la celda todo el día, tirado en el colchón, adormecido, preocupado, acojonado. Esta rutina sólo se rompía cuando venían a por mí y me enseñaban la declaración policial que habían preparado para mí. Era una declaración que contaba con 10 o 12 preguntas aproximadamente, que se me eran formuladas una y otra vez. Yo las contestaba y si decía algo que no les convencía lo corregían y me decían cómo tenía que responderla correctamente. Fueron unas 3 o 4 sesiones para memorizar la declaración y luego pasé por el forense. Y alguna más por la noche después de cenar. Ya no se oían gritos de nadie, por lo visto ya nos habían machacado a todos.

El cuarto día me despertaron hacia las 3:00 de la madrugada, estaba dormido y el susto fue grande. Me condujeron por los pasillos, izquierda, derecha, escaleras pero justo antes de llegar al lugar donde nos atendía el médico forense, me metieron en una habitación que había a la izquierda. Era la declaración policial. Había dos guardias civiles detrás de la mesa. Uno de ellos estaba encapuchado y era el que manejaba el ordenador. El otro tenía la cara descubierta y era el mismo hombre que dirigió el registro de mi casa y del bar. Lo reconocí por una pulsera con la bandera española que tenía en una muñeca, la derecha, creo. Ya que este hombre en mi casa y en el bar estuvo encapuchado. Este último era el que me hacía las preguntas y el primero el que las escribía. Luego había otro a mi izquierda. También estaba mi abogado de oficio colocado detrás de mí. Les pedí que me enseñaran su acreditación y me enseñaron un carnet sin poder ver la foto por seguridad. Pude leer Audiencia Nacional o algo por el estilo. No

podía mirar hacia atrás. Me hicieron las preguntas igual que en los ensayos. Yo les contesté ya al terminar me dejaron en paz. Ya no me despertaron más.

El cuarto día lo pasé tirado en el colchón y pensando en la declaración que tenía que hacer en la Audiencia Nacional ante el juez. Hubo un momento que creía que iba a enloquecer. Me ponía muy nervioso porque no me quería olvidar de nada, ni de las torturas ni de la declaración policial. Pase por el forense por la mañana y por la tarde, diciéndole lo mismo que todos los días. Después de la última visita al forense yo ya solo pensaba en el día de mañana y en lo que iba a declarar. Me dormí y para mi asombro volvieron a despertarme y a sacarme de la celda. Me llevaron a una habitación. Yo pensaba que todo había terminado pero no era así, otra vez estaba en una habitación, sentado, y notaba que en la misma habitación había más gente. Empezaron a hablar conmigo haciéndome preguntas tontas. Eran unos 4 hombres. Me hablaban de mi vida, familia, amigos, conocidos..., dejándome claro que controlaban mi vida y la de mis alrededores. Todo *“de buen rollo”* como decían ellos. Estos 4 hombres eran otros, no eran los que me torturaron, hasta entonces no los había escuchado. Después de estar con ellos una hora aproximadamente, me volvieron a llevar a mi celda y ya me dejaron en paz.

El quinto día, después de desayunar un café, me sacaron de la celda y me montaron en un autobús/camión que tenía unas minúsculas celdas en su interior. Me metieron dentro de una de ellas. Noté como había más gente en su interior. Nos llevaron a la Audiencia Nacional. La guardia civil me dejó en manos de la policía nacional y estos me metieron en una celda. Lo único que pensaba todo el tiempo era en lo que iba a decirle al juez, una y otra vez, *“que no se me olvide esto ni lo otro”*. Estaba nervioso. Al rato me sacaron de la celda y dos policías me subieron al despacho del juez. Era Marlasca.

Marlasca comenzó a hablar y me dijo que el hombre de mi izquierda era el traductor y el de mi derecha mi abogado de oficio, el que había estado en la declaración policial. A su izquierda estaba el fiscal y a su derecha 2 mujeres, secretarias, creo.

Marlasca me dijo que iba a empezar leyéndome la declaración policial y que si no estaba de acuerdo con algo, que lo interrumpiera y que se lo dijera. Yo le dije que en todas las preguntas de la declaración policial tenía algo que decirle, ya que la declaración policial había sido inventada por la guardia civil. Y que esa declaración estaba firmada porque me habían torturado. Le relaté lo mejor que pude todas las torturas físicas. Incluso le comenté que al firmar, en vez de poner mi apellido escribí *“laguntza”* del revés para que en la misma declaración policial redactada para incriminarme a mí y a otras personas, quedara constancia de que había sido torturado. Marlasca miró un poco la firma y luego me preguntó si había denunciado estas torturas delante del forense. Yo le dije que no porque no tenía ninguna seguridad de que los guardias civiles no escuchaban lo que hablaba con el médico forense. Después de esto, fue el turno de mi abogado de oficio que pidió mi libertad e hizo un alegato bastante decente. El fiscal pidió cárcel y me llevaron a la celda.

En las celdas de la Audiencia Nacional pude hablar a gritos con los otros detenidos. Ya estábamos más tranquilos. Nos animamos los unos a los otros. Más tarde nos llevaron a todos a Soto del Real.